

GONZALO PONTÓN

LA LUCHA
POR LA DESIGUALDAD

Una historia del mundo occidental
en el siglo XVIII

Prólogo de
JOSEP FONTANA

PASADO Y PRESENTE

PASADO & PRESENTE
BARCELONA

ÍNDICE

<i>Prólogo de Josep Fontana</i>	11
<i>Introducción</i>	15

PRIMERA PARTE

TRAMA

1. LOS DOS LINAJES	29
«Todos anhelan su aumento y desean saberlo»	31
El pan nuestro de cada día	34
Sargas y terciopelos	38
<i>Cottages y châteaux</i>	39
<i>Libera nos a peste, fame et bello</i>	48
La «corrección» de la pobreza	56
«¿Qué haríamos sin azúcar ni ron?»	62
La desigualdad y la subordinación	67
2. EL FUNDAMENTO DE LA OPULENCIA	71
Vieja y «nueva» agricultura	72
Los señores de la tierra	90
Los nuevos ricos	121
Los campesinos	124
«Malos años» y «Edad de oro»	140
¿Lapsus freudiano o premonición prusiana?	147
3. LA ERA DE LAS MANUFACTURAS	149
El sistema de producción doméstico	150
Círculo de Flandes: el modelo británico	157
Círculo de Flandes: el modelo belga	175

El modelo absolutista	184
El camino de los ingleses	206
Los oficios «viles y mecánicos»	208
El ejército de la miseria	217
4. EL DULCE COMERCIO	227
La formación del mercado nacional	227
El mercado europeo	236
«Una sola ciudad ... una sola familia»	244
La «gran empresa» de Indias	257
«Una rica gama de bienes de consumo»	276
5. LOS MÚSCULOS DEL PODER	293
«El único móvil del estado»	296
La deuda nacional	308
El nervio de la guerra	320
El codiciado negocio del asiento de negros	325
El elefante y la cacharrería	340
La oreja del señor Jenkins	344
El lino de Silesia	346
Imperio del este, imperio del oeste	349
«Volvemos a ser una pequeña isla»	359
Guerra a la Revolución	370
6. CONTRA EL ORDEN NATURAL DE LAS COSAS	379
La economía moral	381
Por la jornada de 14 horas	392
La protesta prepolítica	400
Rebeliones	409
La revolución	421

SEGUNDA PARTE

URDIMBRE

7. LA EDUCACIÓN LO PUEDE TODO	439
Leer y escribir	439
Los peligros de la enseñanza	442

<i>Ratio studiorum</i> y <i>public schools</i>	460
Panteones vacíos	472
8. LOS USOS DE LA CULTURA	483
El acaparamiento de oportunidades	485
Los papeles periódicos	493
«Preceptores y papas»	508
9. LA VIGILIA DE LA RAZÓN	553
Los <i>philosophes</i>	561
Jerarquía, propiedad y libertad	594
Una sociedad bien constituida	612
La edad de oro del josefismo	624
Nuestra Señora de San Petersburgo	631
El reino de la iglesia no es de este mundo	633
A diez mil leguas de Europa	643
El siglo filosófico	664
<i>Bibliografía comentada</i>	671
<i>Cronología</i>	711
<i>Índice alfabético</i>	733
<i>Procedencia de las ilustraciones</i>	773
<i>Cuadros y gráficos</i>	777

PASADO Y PRESENTE

INTRODUCCIÓN

Entre el 6 y el 8 de septiembre del año 2000 se aprobó en la sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, una resolución de la Asamblea General de jefes de estado y de gobierno. Se la llamó, pomposamente, la Declaración del Milenio y en ella se relacionaban ciertos valores considerados fundamentales para el siglo XXI. En el valor «Igualdad» se dice específicamente: «A ningún individuo ni a ninguna nación se le puede negar la oportunidad de beneficiarse del desarrollo. Hay que establecer derechos y oportunidades iguales para hombres y mujeres ... para el año 2015 [debería quedar] reducida a la mitad la proporción de la gente que pasa hambre».

Muy poco después de esta declaración de intenciones, aquellas sólidas palabras se disiparon en el aire. El desarrollo del que todo el mundo podía beneficiarse involucionó: la brecha entre los sexos se hizo aún mayor; no solo aumentó el número de los que pasaban hambre, sino que la pobreza extrema creció espectacularmente: en 2008 el incremento medio de los salarios en Asia (sin China) fue del -2 por ciento; el 10 por ciento de la población mundial más pobre solo experimentó un incremento de menos de 3 dólares anuales en sus ingresos; en todo el mundo el coeficiente de Gini (uno de los que miden la desigualdad) empeoró sensiblemente y llegó a alcanzar un promedio mundial de 62 (la desigualdad máxima es 100) en el año mismo —el último del siglo XX— en que se lanzaba al mundo la Declaración del Milenio, continuadora de la Carta de las Naciones Unidas.

Dieciséis años después, el 18 de enero de 2016, OXFAM International publicó el informe *An Economy for the 1 %*, en el que revelaba que la riqueza de 3.500 millones de personas (la mitad del planeta) había disminuido en un billón de dólares en solo seis años, un 38 por ciento, pese a que la población global se había incrementado en 400 millones entre 2010 y 2016. Si en 2010 388 personas tenían la mis-

ma riqueza que la mitad de la población mundial, en 2011 eran 177; en 2012, 159; en 2013, 92; en 2014, 80 y en 2015, 62. La riqueza de estas 62 personas se había incrementado en el mismo plazo en más de medio billón de dólares. Y revelaba que en 2015 el 1 por ciento de la población mundial ya era más rico que el resto de los seres humanos juntos. Este informe de OXFAM denunciaba que:

la preocupación de los líderes mundiales sobre la escalada de la desigualdad no se ha traducido hasta ahora en nada concreto; el mundo se ha convertido en un lugar mucho más desigual y esta tendencia se está acelerando. No podemos seguir permitiendo que cientos de millones de personas pasen hambre mientras que los recursos que podrían aplicarse a ayudarles son sorbidos (*sucked up*) por los de arriba.

La cuestión de la desigualdad entre los seres humanos se ha vuelto tan visible, tan escandalosa, tan «de moda» que el presidente de los Estados Unidos Barack Obama ha proclamado que es «el desafío que caracteriza a nuestra era», sin que se sepa muy bien qué quiere decir con ello, pero que en cualquier caso coincide con las preocupaciones del capitalismo realmente existente. El World Economic Forum (es decir, el órgano del Foro de Davos) también ha dicho en un informe que «la desigualdad es uno de los retos clave de nuestro tiempo», pero a diferencia del político norteamericano ha explicado por qué: «Los peligros de no prestar atención a la desigualdad son obvios: la gente, sobre todo la gente joven, excluida de la corriente económica general, termina sintiéndose despojada de sus derechos y se convierte en fácil carne de conflictos ... Corregir la desigualdad es bueno para los negocios, ya que crea una nueva masa de consumidores que amplían así el mercado para beneficios y servicios e incrementan las oportunidades de conseguir [más] beneficios». Que es, también, lo que dice la ONU, aunque en un lenguaje políticamente correcto: «La desigual concentración de renta y riqueza reduce la demanda agregada y puede retardar el crecimiento económico».

Es curioso, e instructivo, que los líderes del capitalismo denuncien la extrema desigualdad para que el capitalismo siga funcionando: «Corregir la desigualdad es bueno para los negocios porque crea una nueva masa de consumidores». Pero, «como al león por sus garras», al capitalismo se le reconoce inmediatamente por la desigualdad que lo caracteriza. Parece que ahora de lo que se trata es de cortarle las garras al león... para que le vuelvan a crecer más fuertes.

Y es que la desigualdad ha formado parte integral del proyecto social del capitalismo desde sus inicios, y si ahora se ha hecho más evidente, más brutal, «más peligrosa», no quiere decir que no haya recorrido, con altibajos, toda su historia en la edad moderna. Desde los albores de la industrialización hasta finales del siglo XIX o, quizá, hasta la primera guerra mundial, no se produjo ninguna disminución estructural de la desigualdad; por lo menos hasta 1860 los salarios reales no solo se estancaron, sino que su poder adquisitivo regresó al que tenían un siglo antes, tanto en Gran Bretaña como en Francia, mientras que, en el mismo periodo, las rentas del capital experimentaron un fuerte crecimiento (Piketty).¹ En realidad, la desigualdad solo ha disminuido cuando una fuerza irresistible se le ha opuesto, aunque fuera temporalmente. La primera vez que se pudo medir un descenso de la desigualdad fue hacia los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, cuando la creación de la Primera Internacional (1864), el espanto ante una revolución que ya no era burguesa (1871), el recelo por la creciente presión sindical y una nueva amenaza revolucionaria, la bolchevique (1917), pusieron sobre el tapete el riesgo de que el sistema económico de mercado pudiera irse al traste. Las dos guerras mundiales redujeron la desigualdad porque las elites, y los trabajadores, no iban a consumir más que todo tipo de armas y de material bélico con el que consumir, a su vez, la vida o la salud de, quizá, cien millones de personas. Entre medias, el *crash* de 1929 volvió a elevar a las nubes la desigualdad, dando a los nazis un arma que sabrían amartillar con presteza. Las consecuencias económicas de la guerra, es decir la necesidad de reconstruir el mundo y la vida tras la segunda guerra mundial, crearon una situación propicia para la productividad, el crecimiento económico y el consumo que, junto con la entonces enorme fuerza sindical y el fantasma del comunismo, que ya no recorría Europa sino el mundo entero, cambiaron los términos de transacción. Aquellos fueron los «años dorados», los de la U invertida de Kuznets, que se manipuló para impugnar la «igualdad» de la Unión Soviética con la igualdad que, con un poco de paciencia, se iría abriendo paso en el sistema capitalista. Pero duraron poco: hasta que la crisis del petróleo de 1973 produjo una re-

1. En 1742 el coeficiente de Gini para las Provincias Unidas se ha calculado en 69, y era parecido el correspondiente a Francia antes de la Revolución. En Gran Bretaña fue de 40 en 1759, de 52 en 1801 y de 55 en 1867. Hoy, Gran Bretaña tiene prácticamente el mismo coeficiente que en 1759.

cesión que sería el primer eslabón de una cadena que ya no se iba a interrumpir: la crisis de la bolsa estadounidense en 1987; el hundimiento de la bolsa japonesa en 1990; el «tequilazo» mexicano de 1994; el contagio asiático de 1997; el desastre del mercado financiero latinoamericano causado por la política liberalizadora del FMI; la suspensión de pagos de la deuda rusa; la burbuja de las dot.com; el caso Enron (fraudes contables en las empresas que cotizaban en bolsa), la quiebra de Lehman Brothers y la «Gran recesión» de 2007, en la que seguimos instalados diez años después.

Con la desaparición del espantajo comunista, los teóricos del neoliberalismo diseñaron una nueva libertad para la producción y el comercio basada en la extraterritorialidad, la deslocalización de empresas y el ninguneo del estado nación para crear un *ordine nuovo*: el de la «revolución conservadora anglosajona» (Piketty), que consiguió expungar la fortaleza sindical, rebajar los salarios de los trabajadores y desmontar el estado del bienestar. Así se logró que entre los años 2000 y 2010 la concentración de la riqueza en los Estados Unidos superara el récord de 1910-1920. Ahora la «Gran recesión» ha disparado la tendencia secular del capitalismo a recuperar sus señas de identidad.

Lo que persigo con este libro es llegar a entender la naturaleza de la desigualdad actual, es decir, escribir «una genealogía del presente» (Fontana), como hace cualquier historiador preocupado por su tiempo. Para ello, trato de averiguar cuándo, dónde, cómo y por qué se dieron los procesos materiales e intelectuales que llevaron a las sociedades occidentales a experimentar un salto cualitativo en los niveles de su desigualdad interna tan firme y poderoso que iba a mantenerse, cuando no a cobrar nuevas fuerzas, hasta nuestros propios días. «La finalidad de la historia es el estudio de los cambios, la dinámica de las sociedades humanas», ha escrito Pierre Vilar, pero sin duda lo es también comprender las causas de la permanencia de esos cambios, su arraigo indemne al tiempo.

El gran paleoantropólogo norteamericano Stephen Jay Gould acuñó hace cuarenta años el término «equilibrio interrumpido» (o «puntuado») para denotar el fenómeno que tiene lugar «cuando parte de la población de un linaje se escinde del resto, en un entorno diferente al cual se adapta, y evoluciona hacia una nueva especie».

Pues bien, si algún paso en la historia de las sociedades humanas modernas pudiera asimilarse al «equilibrio interrumpido» de Gould, es el que deberíamos situar en el siglo XVIII y, concretamente, en su último tercio. A lo largo del siglo, la desigualdad había formado parte del paisaje humano como había ocurrido antes en la historia, en una «estasis», como diría Gould, pero a partir de la segunda mitad, con el crecimiento de la población y el gran desarrollo del comercio mundial, el ímpetu de la burguesía, es decir, el éxito diferencial «de una parte de la población de un mismo linaje», que quería transformar en poder político su potencial económico, se enfrentó a los estamentos feudales, ya quebrantados política y económicamente, que tuvieron que luchar sin descanso por mantener sus privilegios y su estatus, es decir, su desigualdad respecto a la nueva fuerza en ascenso y frente a los comunes. Esa lucha la iban a perder por las buenas (Provincias Unidas, Gran Bretaña) o por las malas (Francia), para acabar siendo fagocitados en las filas de la riqueza burguesa (Provincias Unidas, Gran Bretaña) o desposeídos y exiliados, aunque por breve tiempo, hasta su reconversión económica y social (Francia). Pero «la nueva especie» emprendió a su vez una lucha por la desigualdad más duradera, y al cabo más triunfal, que la de los viejos estamentos del Antiguo régimen: la que la enfrentó a las clases subalternas de las que se había escindido y que habían de ser, ahora, sus vasallos como antes lo habían sido de los señores feudales, pero con un cambio fundamental en los modos, en las formas y en el lenguaje: ahora los comunes serían libres para contratar su fuerza de trabajo con la nueva clase dirigente. Se iniciaba así un nuevo avatar del capitalismo, ahora como sistema social y forma de vida que excluía toda alternativa.

En la primera parte de este libro analizo cómo a lo largo del siglo se fueron construyendo las bases del «equilibrio puntuado» que se iba a producir en los países occidentales y sobre todo en los que formaban parte de lo que he llamado el círculo de Flandes (Provincias Unidas, Países Bajos austriacos, zonas de Renania, Hamburgo, el norte de Francia, Inglaterra...). Concretamente en Gran Bretaña, una elite de la tierra, del comercio y de los negocios, que controlaba el gobierno desde la revolución «Gloriosa» (1688), introdujo una serie de cambios técnicos y jurídicos en la propiedad rústica que supuso la recuperación del control de la tierra por los terratenientes que, mediante leyes del Parlamento, concentraron las propiedades, las vallaron, las convirtieron en pastos o en granjas especializadas orientadas a producir para el

mercado² y desahuciaron a los campesinos que las habían trabajado desde hacía generaciones. Mediante leyes *ad hoc* y coerciones de todo tipo, la elite terrateniente inglesa logró quebrantar la vieja economía moral campesina y expulsar de la tierra quizás a un millón y medio de familias que se quedaron sin medios de producción y de vida y se vieron abocadas a emigrar a unas ciudades que durante la segunda mitad del siglo habían crecido con fuerza. En ellas, se procedió a barrer las pocas restricciones gremiales que quedaban y se declaró la «libertad de trabajo», con lo que centenares de miles de hombres, mujeres y niños tuvieron que emplearse en lo que se ofrecía en Londres, Manchester, Liverpool, Birmingham y otras ciudades. Todo este «ejército de la miseria», al que se sumó el excedente poblacional —los pobres— producto del auge demográfico, fue la carne de cañón para el crecimiento y desarrollo de las manufacturas.

Una vez que se dispuso de la fuerza de trabajo necesaria, y de la de reserva, los manufactureros británicos no tuvieron que recurrir más que a la energía orgánica de toda la vida: la función clorofílica y los combustibles fósiles que, en teoría, no podían constituir una propiedad privada, sino común: «la herencia del hombre». En todo caso, los dos grandes pilares del desarrollo industrial de Gran Bretaña fueron, efectivamente, el algodón y el carbón, y las técnicas aplicadas fueron todavía las medievales, llevadas a su rendimiento extremo. Quienes detentaron los medios de producción apenas tuvieron necesidad de capital, porque las máquinas de hilar o la combustión del carbón no requerían de grandes inversiones. No fue pues el capital constante, sino el capital variable el corazón de la industria. Y, desde luego, los buenos burgueses británicos, que eran bien conscientes de ello, trataron desde el primer día de gestionar hábilmente ese capital variable: los salarios que pagaron fueron de mera subsistencia, como verá el lector en las páginas que siguen y, siempre que pudieron, y fueron muchas veces, sustituyeron el magro salario masculino por el de las mujeres y niños, que equivalían a la mitad y a un tercio del salario adulto respectivamente.³ A la vez, reorganizaron el trabajo en las factorías para obtener una di-

2. Esa llamada «revolución agraria» significó para los terratenientes doblar las rentas de sus tierras. En los años 80 el coste de los arrendamientos se duplicó y volvió a hacerlo de nuevo en los 90.

3. Los salarios reales no crecieron hasta el último tercio del siglo XIX, pero el precio de los alimentos se duplicó a lo largo del siglo XVIII.

visión que favoreciera esa mano de obra femenina e infantil, establecieron una organización y disciplina laborales férreas, cuasirreligiosas, y diseñaron tornos y telares a la medida de los niños de asilos y correccionales para que pudieran manipularlos sin pérdida de tiempo de trabajo. Esos burgueses industriales se hicieron inmensamente ricos y aseguraron, vía herencia, el mantenimiento de la desigualdad que habían conseguido, es decir, «el éxito diferencial de la nueva especie».⁴

Contaron para ello con la connivencia y la protección del estado británico, que, contra toda la retórica al uso, fue un gran regulador de la economía, con los aranceles proteccionistas más altos de Europa, con premios a las exportaciones, con incentivos para la renovación tecnológica y, sobre todo, con su intervención decisiva en defensa del «libre comercio» mediante los cañones de su flota. Gracias al control de los mecanismos del estado, los capitalistas británicos dispusieron de un mercado nacional unificado, de una buena red de transportes, un aparato comercial excelente, créditos baratos (letras de cambio) y una demanda potencial de productos manufacturados muy superior a la de Francia, Renania, las Provincias Unidas o los Países Bajos austriacos, tanto en su mercado interior como en los grandes mercados mundiales (India, América), a los que estaban en condiciones de atender directa, indirectamente o por la fuerza.

En unos momentos en que las grandes epidemias habían desaparecido, el hambre había sido prácticamente erradicada, sobre todo desde que se generalizó el consumo de la patata americana, y se iniciaba la lucha científica contra las enfermedades comunes (Jenner), había muchas puertas que abrir hacia una vida mejor, pero la que escogieron los manufactureros británicos fue la de la producción masiva de artículos de consumo para los miembros de su clase, basada en el trabajo de las subordinadas y en la explotación esclavista colonial. La única finalidad y el objetivo de la producción es el consumo, les habían dicho. Y a ello se lanzaron abriendo precisamente aquella puerta y cerrando todas las que llevaban a disponer de «tiempo para una formación humana, para desarrollarse espiritualmente, para cumplir funciones sociales, para el trato y la compañía, para el libre movimiento de las fuerzas vitales y espirituales» (Marx).

4. En los términos de Piketty consiguieron que la tasa de rendimiento de su capital fuese mucho más elevada a largo plazo que la tasa de crecimiento de la renta y la producción: su ya famoso y engañoso $r > g$.

El alud de productos baratos británicos que se abatió sobre el mundo y la agresiva competitividad de los capitalistas británicos, respaldada por la marina de guerra más poderosa de aquel tiempo, estimuló en todas partes el desarrollo de un capitalismo de consumo que fue reproduciendo, y en algún caso superando, los patrones originales (Francia, Alemania). El mundo occidental se transformó para desarrollar una economía desde el lado de la oferta, que llevaba a supeditar la vida a la consecución de los recursos económicos necesarios para el gasto incesante, a la abolición del ocio y a la renuncia a la educación y a la cultura, a la dilapidación, hasta entonces desconocida, de materias primas semielaboradas y a la extenuación de los recursos naturales del planeta, que es, aún, el modelo de sociedad de nuestros días. Erik O. Wright ha escrito que «[la gente] no está interesada en incrementar su consumo hasta el infinito, sino más bien en mejorar sus opciones entre trabajo, ocio y consumo». Pero los dirigentes del capitalismo no se lo preguntaron.

La segunda parte de este libro está dedicada al análisis del pensamiento político y económico promovido por el linaje que quería «evolucionar hacia una nueva especie», para que le proporcionara cobertura intelectual en su lucha por la desigualdad. En un ascenso imparable, las clases burguesas se habían dotado de un «entorno diferente», en el que se produjeron simbiosis, parasitismos, depredaciones y extinciones, al igual que en todos los procesos evolutivos naturales. El primero de ellos en el tiempo fue, sin duda, su educación. Desdeñaron las escuelas primarias para formarse en sus casas con tutores y crearon escuelas específicas para ellos e instituciones académicas exclusivas para su formación, huyendo de las viejas e inútiles universidades. Al mismo tiempo, lucharon enconadamente contra la alfabetización y escolarización de las clases subalternas, especialmente las campesinas, para que se mantuvieran en el lugar que la divina providencia les había asignado. Contaron para ello con la inestimable ayuda del estado y de la iglesia y, sobre todo, con la encendida defensa que los llamados «ilustrados» hicieron de la desigualdad burguesa y su cruel desprecio por los humildes.

Desde sus afinidades electivas, estas clases ahora elitarias construyeron ámbitos propios de socialización, el «entorno diferente» gouldiano en el que pudieron trazar un excelente sistema de «desigualdad categórica» (Tilly), constituido por una red de vínculos familiares, sociales y comerciales que les permitió acaparar las máximas oportunidades cooptando a miembros de la vieja aristocracia o del alto funcionariado

del estado. Activaron, así, la ósmosis social que habría de facilitarles poner pie en la política, emparejarse y obtener prebendas e información privilegiada para sus negocios.

En Gran Bretaña las «casas de café», las sociedades selectas o las «lunares» constituyeron los espacios de encuentro preferidos de estas elites, donde se reunían e intercambiaban información sobre mercados, sistemas y técnicas y establecían sinergias a través de *clusters* manufactureros que les ahorran gastos de transacción. Este papel lo ejercieron en Francia, sobre todo, los *salons*, donde la burguesía de los negocios pudo relacionarse con escritores y periodistas que les fueron muy útiles como portavoces de su discurso, cargado de semántica ideológica, que elevaba la noción que ellos tenían del progreso a la categoría de una soteriología laica. Por eso fundaron y controlaron periódicos y revistas y alentaron aventuras editoriales de todo tipo, como la *Enciclopedia*, que fue un sostén de la lucha burguesa contra los privilegios de la nobleza y de la iglesia, y protegieron y financiaron a los *philosophes* en general, quienes, con su defensa de la razón frente a los desacreditados argumentos de autoridad del Antiguo régimen y con su temor a «las masas», que por otra parte despreciaban, fueron sus mejores aliados en la lucha por la desigualdad que libraban en dos frentes. Como lo fueron igualmente los economistas políticos en Gran Bretaña, los cameralistas en Prusia y Austria o los jurisdiccionalistas en Italia. No hay mejor ejemplo que lo que hemos dado en llamar «Ilustración» para verificar, una vez más, que la cultura que prevalece es la cultura de la clase dominante.

Estas elites económicas e intelectuales, que dispusieron de poder político y de un proyecto económico y social claro, tuvieron la visión, o el espejismo, de imaginar un mundo plétórico de riqueza en el que ellos —decían— iban a encarnar el papel de redentores de una humanidad indigente. En realidad estaban conduciendo al mundo hacia una desigualdad brutal que ya no estaría basada tan solo en el reparto desigual de la renta, porque a la plusvalía económica vital para el capitalismo iba a sumarse una conmoción emocional ante el paro forzoso que habría de traducirse en dramas individuales y en patologías sociales a la medida del impacto de los ciclos depresivos con que las crisis económicas recurrentes habían de golpear desde entonces a la mayor parte de la humanidad. Göran Therborn, para quien la desigualdad constituye una violación de las capacidades humanas, distingue dos tipos de desigualdad más aparte de la de recursos económicos: la «desigualdad

vital», que se refiere a una mayor mortalidad, una menor esperanza de vida, peores expectativas de salud, menor desarrollo físico, etc., y la «desigualdad existencial», que afecta a la dignidad de las personas, a su grado de libertad y a su derecho al respeto y al desarrollo personal. El profesor Michael Marmot, del International Centre for Health and Society, ha publicado varios artículos en *Lancet* en los que afirma que «la injusticia social es discapacitante: priva a las personas del control sobre sus propias vidas» y revela que el riesgo de morir por enfermedades crónicas de los grupos socioeconómicamente bajos es superior entre un 25 y un 50 por ciento al que tienen los grupos altos. Aunque lo peor son los niños: a partir de un extenso estudio de campo realizado en Nueva Jersey y el sur de la India, y publicado en la revista *Science* en agosto de 2013, Amandi Mani, profesor de la Universidad de Warwick, deduce que «el desarrollo mental infantil deficiente está asociado a la pobreza» y afirma que la incertidumbre económica provoca una «merma de los recursos cognitivos», y que ser pobre significa «no solo afrontar la falta de dinero, sino también la de recursos cognitivos. Los pobres son menos capaces no a causa de rasgos heredados, sino porque el contexto mismo de la pobreza les impone una carga y bloquea su capacidad cognitiva», concluye.

Cuando escribo estas líneas no sabemos cómo acabará ni si se acabará la «Gran recesión» que se cebó en 2007 con el estallido de la burbuja inmobiliaria en los Estados Unidos y en Europa, que constituían en efecto un mundo pletórico de riqueza, en el que una humanidad indigente también fue redimida, con las consecuencias que sabemos, por una elite capitalista del linaje de la del siglo XVIII. En cualquier caso, como ha dicho la ONU en un informe, «el impulso hacia una menor desigualdad no será automático» y, desde luego, el capitalismo, con «la crueldad de su admirable, de su fecundo ardor creativo» (Bloch), seguirá ofreciéndonos nuevas, infinitas, posibilidades de consumo, ya sean las impresoras en tres dimensiones, los robots personales o las aplicaciones lúdicas del grafeno. Pero la desigualdad no está en los genes, no es una fuerza telúrica irresistible ni una maldición de los dioses: es producto de decisiones políticas. Y las decisiones políticas pueden y deben cambiarse, también con la política.

Este libro sobre la lucha que se llevó a cabo en el siglo XVIII por mantener y ampliar la desigualdad pretende poner al lector ante las decisiones políticas que se tomaron, ante sus consecuencias sociales y ante la engañosa retórica que la *intelligentsia* utilizó entonces para ha-

cerlas buenas, con el fin de que pueda preguntarse qué había «tras las puertas que no abrimos» y que pueda reflexionar sobre la actitud que deberá tomar ante las alternativas que el mundo del siglo XXI va a ofrecerle. A él y a sus hijos.

Debo advertir al lector que este libro es un ensayo de historia, no una contribución académica ni tampoco un manual, aunque tenga, tal vez inevitablemente, rasgos de ambos, lo que me parece ventajoso porque me ha permitido, por ejemplo, ser beligerante en las polémicas historiográficas más ásperas (las que se refieren a las llamadas revolución agrícola, revolución industrial o revolución industriosa; el nivel y la calidad de vida de las clases subalternas; la transferencia de riqueza, vía impuestos, desde estas clases a las privilegiadas; el «resbalón» de la Revolución francesa; o la falacia de la «Ilustración» como redentora de la humanidad), desde la aproximación más académica, o poder ofrecer una visión panorámica, por lo general ininterrumpida, del desarrollo económico y social de los distintos países de Europa y América desde los presupuestos del manual. Pero como ensayo histórico que trata de comprender la construcción de una nueva desigualdad y su extraordinario arraigo en el tiempo, no se interesa por la exposición exhaustiva ni la síntesis dosificada propias de los manuales. Quiero decir con esto que el lector no va a encontrar aquí, por ejemplo, una narración detallada de los avatares de la guerra de los Siete años, porque lo que me interesa es explicar a quiénes beneficiaba y quiénes la pagaban con su sangre y sus impuestos; o que cuando menciono a Lavoisier lo hago porque lo que me interesa de él es su papel como *fermier général* y como luchador por la desigualdad en Francia, y no sus indudables méritos como padre de la química moderna. He escrito este libro pensando en un público culto, eso que los anglosajones llaman un *educated people*, capaz de sacar sus propias conclusiones a partir de los datos que ofrezco. Por eso, de un lado, contiene análisis, pero sin jerga, y, por otro, está escrito en un estilo —creo— sencillo y cómodo, aunque atravesado por una veta irónica (en alguna ocasión cáustica) que me es imposible reprimir y que, desde luego, no se adecua para nada a los usos y costumbres académicos. Me he permitido también dejar algunas citas, sobre todo en la segunda parte del libro, en su idioma original, bien porque no me viera capaz de traducir íntegramente su sustancia, bien porque la belleza de la escritura original me resultara irresistible,

aunque el contexto las aclara suficientemente. Por cierto que he prescindido de las notas bibliográfico-notariales a pie de página, indispensables aún en España en un libro académico y las he sustituido por otras que me han parecido más útiles para el lector con el fin de ampliar, aclarar o matizar el texto. Con la bibliografía comentada que aparece al final del libro, los especialistas encontrarán rápidamente la procedencia de la cita o el comentario que busquen. Los lectores generalistas tardarán algo más y, tal vez, deberán leer varias páginas del libro en cuestión. Pero eso no les hará ningún daño.

Que este libro no se hubiera podido escribir sin el inmenso trabajo anterior de especialistas y generalistas es algo tan obvio que me da reparo decirlo. Me complace, sin embargo, explicar que he saqueado, inmisericorde, la obra de los autores —y, sin embargo, amigos— que he ido publicando a lo largo de más de cincuenta años: Carlo M. Cipolla, Edward P. Thompson, Eric J. Hobsbawm, Pierre Vilar, grandes maestros, todos ya desaparecidos, de los que aprendí mucho en encuentros, conversaciones y correspondencia. También confieso mi deuda hacia otros autores publicados por mí felizmente vivos y trabajando en los diversos campos de la ciencia histórica: Jordi Nadal, Pedro Ruiz, Ramon Garrabou, Ramón *Moncho* Villares, Antonio Miguel Bernal, Carlos Martínez Shaw, Francisco Comín, Enrique Llopis, Juan Carlos Garavaglia, Jaume Torras, Jordi Maluquer de Motes, Joaquim Albarreda, Ricardo Robledo, Ricardo García Cárcel... Pero sin ninguna duda quien más ha influido en mí, quien más me ha enseñado —no solo de historia— ha sido mi maestro y amigo Josep Fontana, quien leyó el original de este libro, me orientó a darle una arquitectura mejor y me hizo observaciones y sugerencias que he tenido en cuenta. Y no solo eso: ha tenido la generosidad de escribir el prólogo a este ensayo. También han sido generosos conmigo —no solo con este libro— mis hijos Gonzalo y Ferran, que lo leyeron en original y me ayudaron a mejorarlo con sus críticas, que, sin embargo, no fueron tantas ni tan duras como el libro sin duda merece. Si el filo de su crítica me ha parecido embotado, no dejo de comprender que se debe a su piedad filial.

Sant Cugat del Vallès, 30 de septiembre de 2016